

BEATRICE

EL DOCTOR FRANZ HILLER SE ENAMORÓ DE UN DIRIGIBLE. Estaba en una feria en Berlín para contemplar los milagros de la era moderna: automóviles, aviones de hélice, sirvientes mecánicos, máquinas de tarjeta perforada, entre otras maravillas que conducirían al hombre moderno al futuro.

El dirigible estaba anclado en el suelo, en el centro de la sección de aparatos aéreos. Según la plaquita que había junto a la barrera, se llamaba Beatrice.

A diferencia de las grandes aeronaves comerciales, Beatrice está diseñada para un máximo de dos pasajeros. Sumamente apropiada para aquellos que se encuentren lejos de la torre de zeppelin pública más próxima o que no quieran viajar hacinados con otros viajeros. Pronto empezaremos a fabricarla. ¡Encargue ya su ejemplar a Lefleur et Fils!

Las aeronaves no habían interesado a Franz hasta el momento. No había viajado en ninguna, ni siquiera las había visto de cerca. Tampoco le interesaba el amor. A sus treinta años, seguía soltero: tenía buenas expectativas, solo que las candidatas

a esposa que le sugerían sus padres siempre le inspiraron una profunda indiferencia. Su madre insistía cada vez más y, tarde o temprano, Franz tendría que tomar una decisión. En cualquier caso, allí estaba ahora, en Berlín, delante de aquella aeronave, Beatrice, cuyo nombre repicaba como una campanilla.

Franz no se cansaba de mirarla. Tenía el cuerpo ovalado y orondo, la piel, de un brillo apagado, bien tensada alrededor de un esqueleto de acero suavemente redondeado. En la barquilla de madera oscura (*de la caoba más exquisita!*) relucían los detalles de cobre (*¡todas las piezas labradas a mano!*), y los cristales de las ventanas eran gruesos y tenían las esquinas curvas. La tapicería del asiento era de terciopelo con bordado de flor de lis, y el salpicadero ostentaba un lustre impecable. Beatrice era perfecta. Se movía despacio de abajo arriba, como una ballena durmiente. Sin embargo, estaba más que despierta. Franz sentía que ella le dedicaba toda su atención, notaba el ardor de su mirada sin ojos.

Volvió al día siguiente, solo para contemplar a Beatrice y sentir la fijación de su mirada. No podían tocarse: en una ocasión intentó pasar por encima de la barrera, pero uno de los vigilantes lo amonestó bruscamente. Franz intuía que a ella la colmaba el mismo deseo, el ansia de tocarlo.

Buscó al representante de Lefleur et Fils que, en realidad, era Lefleur el joven, un hombre escuálido con los dedos manchados de grasa que no parecía sentirse muy cómodo con el traje. Franz le propuso comprar a Beatrice allí mismo: podía firmarle un cheque o, si lo prefería, pagar al contado. Ni hablar, respondió Lefleur el joven. ¿A ningún precio? A ningún precio. ¿Cómo iban a poner en marcha la fabricación sin el prototipo? Por supuesto que *monsieur* Hiller podía encargarse de una aeronave, pero no aquella.

Franz no se atrevió a confesar por qué tenía tanto interés en el prototipo, precisamente. Cogió el muestrario que le habían plantado en la mano y volvió a casa. Mientras acariciaba la imagen de Beatrice en el catálogo, pensaba en ella: la piel suave, la barquilla. Cómo deseaba acurrucarse dentro.

La feria cerró dos semanas después. Trasladaron a Beatrice a su fábrica de las afueras de París. Franz fantaseaba con la idea de ir a las instalaciones, de entrar allí por la noche y robarla, o de hablar con los propietarios para conmoverlos hasta el punto de que la dejaran ir. Pero no lo hizo. Al contrario, para desconcierto de sus padres, dejó su casa y se trasladó a Berlín, donde se buscó un trabajo y alquiló un almacén en la calle de Stahlwerkstrasse. Y hecho esto, efectuó el pedido.

Al cabo de cuatro meses aterrizaba en el almacén de la calle de Stahlwerkstrasse un camión de transporte. Un equipo de hombres fornidos que no hablaban una palabra de alemán descargó cuatro cajas enormes, de las que desembalaron las piezas de una aeronave pequeña. Cuando se marcharon, habían dejado anclada en el local una copia perfecta de Beatrice.

Franz se percató tan pronto como se quedó solo contemplando la aeronave que acababa de adquirir: aquella nueva Beatrice se mostraba indiferente. Allí estaba, colgada en el almacén, sin un ápice de calidez. Recorrió el costado. Acarició la piel. Estaba fría. Pasó los dedos por la caoba de la barquilla y aspiró el aroma a madera nueva recién lacada. Luego abrió la portezuela y se sentó despacio en el interior, donde el olor a almizcle se confundía matizado con el del cobre y la goma sin estrenar. Se imaginó que era Beatrice. Evocó la sensación de cálidos cojines con que lo recibió, cómo se hundió bajo su peso.

Pero aquella Beatrice, Beatrice II, tenía un asiento de relleno duro que no cedía.

—Conseguiremos que esto funcione —le dijo Franz al salpicadero—. Conseguiremos que funcione. Serás mi Beatrice. Terminaremos por acostumbrarnos el uno al otro.

Anna Goldberg, hija de un impresor, se enamoró de una bomba de vapor. Era la hija más joven y más fea de una familia acomodada de Hamburgo: su padre era impresor y propietario de una de las imprentas más grandes del país. Dado que Anna demostró poseer capacidades intelectuales, pudo estudiar y trabajar de secretaria de su padre. Así, al menos, se ganaba la vida. Anna estaba encantada con su puesto, pero no por amor al arte de la imprenta ni a la profesión de secretaria. Sino por el brillo negro de las rotativas. Mientras otras muchachas de su edad suspiraban por los jóvenes, ella alimentaba una pasión ardiente por una de las rotativas Koenig & Bauer que había en la imprenta. Claro que ni se planteaba entregarse a un romance delante de las narices de su padre. Ahorraba cada céntimo de sus ingresos para, llegado el día, poder permitirse seguir los dictados de su corazón. Y a la edad de veintiocho años, aun esperaba el momento adecuado.

Por fin llegó el día en que conoció a Hercules en la feria de Berlín. Era una bomba de vapor semi portátil: un horno de combustión abombado y conectado a un motor altivo de anchos hombros. El aroma que exhalaba le provocaba un cosquilleo en los muslos. Y hasta lo tenían en venta. Anna estuvo yendo a la feria a diario durante toda una semana para conocerlo a fondo, pero en realidad ya estaba segura de sus sentimientos desde el principio. Tenía lo justo para comprarlo. Le comunicó a sus padres que pensaba ir a Berlín a visitar a una amiga y a su marido, y quizás a encontrar pretendiente. Los padres no pusieron objeción, y Anna no mencionó que se ausentaría por tiempo

indefinido. Alquiló un almacén en Stahlwerkstrasse, adonde mandó que enviaran sus enseres.

Cuando llegó con Hercules al almacén se encontró con que ya ocupaba el local un caballero algo atolondrado que tenía una aeronave no muy grande. El caballero se presentó como el doctor Hiller, y evitó cruzar la mirada con Anna, pero le mostró un documento. Ambos tenían contratos de alquiler idénticos del local de la calle Stahlwerkstrasse. Anna y Franz acudieron a las oficinas del arrendador, donde una mujer menuda con una raya en medio bastante casposa les aseguró que lamentaba lo sucedido. Por desgracia, era tarde para remediarlo, dado que tenían ya alquilados todos los locales. Como quiera que fuese, estaba convencida de que *herr* Hiller y *fräulein* Goldberg podrían resolver la situación privadamente. Mientras ellos cobraran el alquiler todos los meses, no les importaría mucho el cómo. Incluso les aplicaría un descuento por las molestias. Y dicho esto, les dio las gracias y les pidió que se marcharan.

—Para mí es imposible tener gente encendiendo fuego en el local —dijo Franz una vez se vieron de nuevo en la calle—. La aeronave es muy inflamable.

—¿Cuándo suele salir a volar con ella, señor Hiller? —preguntó Anna.

—Eso no es asunto suyo, señorita Goldberg —respondió Franz—. Por cierto, ¿para qué piensa usted usar la bomba de vapor?

Anna se quedó callada y empezó a sonrojarse con un rubor que afloraba desde el cuello a las mejillas.

—Se llama Hercules —dijo con un hilo de voz.

Franz se sorprendió.

—¡Ah! —dijo al cabo de unos instantes, ya con otro dulzor en la mirada—. Mis disculpas. Creo que usted y yo compartimos el mismo destino.

A aquellas alturas de la conversación ya habían vuelto al almacén, y Franz condujo a Anna hasta la aeronave, que tenía anclada al fondo del local.

—Esta es Beatrice —dijo, y posó la mano sobre la barquilla con ademán posesivo.

Anna saludó a Beatrice con una inclinación de cabeza.

—Enhorabuena —le dijo a Franz—. Es preciosa.

Y en aquel nuevo estado de entendimiento mutuo, acordaron levantar una pared medianera e instalarse cada uno en su mitad del local. Anna llevó un horno de leña sencillo que, con la aprobación poco entusiasta de Franz, colocó en una cámara al fondo del almacén. Él también necesitaba un lugar donde prepararse la cena. La cámara se convirtió en salón y cocina común. Resultaba de lo más acogedor.

Anna estaba siempre ocupada echando paletadas de carbón en la boca del horno de Hercules y llenándolo de agua para la producción de vapor. Por las noches se levantaba cada dos horas para alimentarlo. Franz, que acudía a la clínica todas las mañanas, se figuraba que Anna hacía lo mismo durante el día, porque siempre andaba atareada echando palas de carbón, con independencia de la hora del día a la que él llegara a casa. Por lo demás, Anna parecía dedicarse sobre todo a leer tratados y manuales técnicos. Tenía una estantería llena.

Beatrice II continuaba fría y distante, por mucho que Franz tratara de caldear la relación. Él la cuidaba con todo el mimo del mundo. Lustraba la caoba, le quitaba el polvo al globo y lo mantenía lleno de aire. Le leía la prensa a diario: se dedicaba a quererla con la máxima prudencia. Nada parecía despertar el interés de Beatrice II. ¿No debería haberse esforzado más por conseguir a Beatrice? ¿Debería haberse ido con ella? ¿Por qué no

lo hizo? Sin embargo, la pregunta que más lo atormentaba era: ¿lo querría Beatrice con el mismo ardor que él sentía por ella?

—Cualquier persona en mi situación debe de hacerse las mismas preguntas —le dijo a Anna una noche en que conversaban a altas horas—. ¿Habría llegado a quererme? ¿Habría llegado a quererla yo, después de conocerla bien? Puede que fuera solo un sueño. Puede que ella no sea ni mucho menos como yo me la imaginaba.

Anna meneó la cabeza y alisó el periódico con la mano.

—Yo he aprendido más de una cosa desde que me enamoré de esta Koenig & Bauer. El enamoramiento no vale nada. No tiene nada que ver con la realidad. —Señaló la bomba, que estaba silenciosa en un rincón, junto a su cama—. Hércules y yo tenemos un acuerdo: cuidarnos mutuamente. Ese es un tipo de amor más valioso, a mi entender.

En efecto, Anna parecía mantener con Hercules una relación más feliz que la de Franz, sobre todo desde que empezó a crecerle la barriga. El embarazo no presentaba complicaciones, aunque Anna se quejaba de vez en cuando de sensaciones extrañas. Cuando Franz pegaba la oreja a la barriga, oía diversos sonidos metálicos y vibratorios.

—¿Qué piensas hacer cuando llegue el momento? —preguntó Franz.

—No me atrevo a acudir al hospital —dijo Anna—. Me quitarán al niño. Tienes que ayudarme.

Franz no fue capaz de negarse. Y, poco a poco, empezó a robar el equipamiento del hospital: instrumental de sutura, pinzas, morfina y otro material que pudiera necesitar. Él había atendido en el parto únicamente a dos mujeres en su vida, y nunca solo; pero a Anna no podía negarle su ayuda.

Anna siguió alimentando a Hercules incluso durante los dolores del parto. No lo dejó hasta que se puso en marcha la fase de expulsión. Fue rápido. El niño nació pequeño pero sano, con los pistones bien integrados en la carne. Sin embargo, la placenta no se desprendió como debía. Anna sufrió una hemorragia en la camilla, con el niño encima del vientre.

—Túmbame en Hercules —suplicó—. Quiero ser uno con él.

Franz no pudo por menos que complacerla. Primero lavó al recién nacido cuidadosamente, lo envolvió en una sabanita blanca de hilo y lo colocó en un cesto, junto a la cama de Anna. Luego se dedicó a ella. Le limpió la sangre y la cubrió con una sábana limpia. La cogió en brazos y la levantó de la cama con mucho esfuerzo para llevarla con Hercules, que estaba esperándola. Anna cupo dentro entera y verdadera.

—Es lo último que te doy —le dijo Franz a Hercules—. Yo no pienso alimentarte.

La bomba pareció quedarse mirándolo desde su rincón del hangar. La portezuela del horno estaba incandescente por el calor del cuerpo de Anna. Franz le dio la espalda y cogió en brazos al niño. El pequeño abrió la boca y rompió a llorar con un silbido. Franz se encaminó a su parte del local y le mostró el niño a la aeronave.

—Mira, Beatriz, a partir de ahora, somos padres de acogida —le dijo.

Por primera vez, advirtió en ella una reacción. Se le antojó algo parecido a la simpatía, aunque él no era su destinatario.

El recién nacido era una niña. Franz la llamó Josephine. Al principio trató de alimentar a la pequeña con leche de vaca, pero la escupía entre espumarajos. Iba perdiendo peso y los pistones empezaron a chirriarle y arañarle hasta que Franz, desesperado, humedeció un paño con una solución de agua y carbón vegetal.

Al ver que Josephine chupaba el paño de inmediato hasta dejarlo seco, Franz comprendió qué tipo de cuidados necesitaba su hija adoptiva. Cogió la caja de herramientas que Anna utilizaba para atender a Hercules y engrasó a conciencia los pistones de Josephine con el mejor lubricante. La alimentaba según una dieta a base de agua de carbón, cuyo contenido fue aumentando gradualmente, hasta que se convirtió en una papilla espesa. Cuando le salieron los dientes, empezó a darle trozos de carbón para que los royera. La pequeña no necesitaba pañales, ya que no expulsaba ningún fluido corporal: parecía consumir todo lo que ingería para producir calor. Si Franz la alimentaba con demasiada frecuencia, se calentaba hasta el extremo de que se quemaba las manos al tocarle los pistones. Aparte de esas peculiaridades, se comportaba como todos los niños.

Franz se despidió de su puesto en el hospital. Vendió a Hercules a una fábrica, y los muebles de Anna a una casa de subastas. El dinero bastaría para pagar el alquiler y la comida por un tiempo, siempre y cuando no cometiera excesos. En todo caso, podría mantener a su aeronave y a su hija adoptiva. En las ocasiones en que se veía obligado a abandonar el almacén, dejaba a la niña en la barquilla de Beatrice. Cuando volvía, encontraba siempre a Josephine de buen humor, cómodamente acunada en el asiento que, por lo demás, era bastante duro, a veces parloteando y jugando con algún manguito que se había soltado del salpicadero. Cuando Josephine hubo alcanzado la edad suficiente y ya no necesitaba que la alimentasen con tanta frecuencia, Franz aceptó un puesto en otra clínica. Josephine parecía satisfecha pasando los días en la barquilla. Beatrice irradiaba ternura siempre que tenía cerca a la pequeña.

La catástrofe se produjo cuando Josephine cumplió cuatro años. En lugar de cuerdas vocales la niña tenía una hilera de tubos

diminutos en la tráquea. Lo único que hacía era emitir silbidos y gran variedad de pitidos, hasta los cuatro años, edad a la que empezó a modular los sonidos y a convertirlos en habla. Sucedió una mañana, muy temprano. Estaban desayunando, Franz le lubricaba los pistones. Josephine abrió la boca y dijo con voz clara y aflautada:

—Papá, no se llama Beatrice.

—¿No me digas? —preguntó Franz, y roció unas gotas de lubricante para máquina de coser entre las articulaciones de los dedos de Josephine.

—Pues sí, lo repite cada vez que la llamas Beatrice: «No me llamo Beatrice», dice.

Franz guardó silencio un instante, mientras reflexionaba sobre lo que acababa de oír.

—¿Tú entiendes todo lo que dice? —preguntó al fin.

—No se llama Beatrice —repitió la niña—. Se llama de otra manera. Y tiene unas cuantas cosas que decirte.

Josephine estaba sentada en la barquilla, balanceando las piernas, y empezó a transmitir entre pitidos los pensamientos de la aeronave, aunque no parecía comprender su significado. Franz se enteró de lo siguiente: la aeronave no se llamaba Beatrice. Se llamaba de otra manera. Su marido la había tenido esclavizada y la había violado al tomarla por otra. La aeronave lo odiaba.

—Eso no puede ser —dijo Franz—. Hemos trabajado juntos por este matrimonio. Fue ella la que no se esforzó lo suficiente.

—Dice que no tenía elección —continuó Josephine—. Dice que la tienes prisionera.

Franz notó que le crecía un nudo en la garganta.

—De ninguna manera —dijo—. Con lo mucho que me he esforzado...

Se metió las manos en los bolsillos para que dejaran de temblarle.

— Con lo mucho que me he esforzado... — repitió.
— Lo que ella quiere es volar — dijo Josephine.

Franz abrió las puertas y dejó que Beatrice rodara despacio hasta que salió del almacén. Sabía lo que iba a ocurrir. Josephine se metería de un salto en la barquilla mientras él soltaba las amarras. Beatrice II se elevaría veloz hacia el cielo y se alejaría volando hacia el este. Desparecería al cabo de unos minutos, y él se quedaría solo en tierra.

Soltó las amarras. Josephine trepó al interior de la barquilla. Beatrice II dio un tirón de los cabos, estos se soltaron y ella se elevó al cielo sin emitir un solo sonido. Franz se quedó allí plantado contemplando el azul hasta que cayó la noche.